

luchas de la palabra, y notamos que en las disensiones de los ciudadanos y en las agitaciones de los partidos se busca la alianza de la facundia con tanto ardor como el apoyo de los ejércitos. Marco Antonio se esfuerza en ser elocuente para oponer sus armas á las de Ciceron, y Octavio busca en una dición estudiada y artificiosa la posible compensacion á su poca habilidad guertera.

CAPITULO XIX.

Lo que en un espectáculo se estudia la elocuencia como por adorno, y no puede llevarse á la altura á que la elevaron aquellos nuestros republicanos. Y sin embargo, nada es tan cierto como su utilidad, nada da al hombre tanta ventaja en todas las situaciones de la vida como ese privilegio dichoso de dominar á los otros.

Conclusion.

HEMOS alcanzado una época en que la elocuencia se estudia generalmente por pasatiempo, tal vez porque se conoce harto bien que lo que antes era el premio de sus esfuerzos y de su poder incalculable, es hoy el fruto de las intrigas y de los amaños que vencen sin pelear y marchan para ello por caminos cubiertos sin revelarse á la luz del dia. Los antiguos con otras instituciones y con otras costumbres mas patrióticas y mas puras, lo fiaban todo al combate de la palabra, á la liza del talento, y su triunfo decidia la suerte de los pueblos. Por eso donde quiera que fijemos la vista encontraremos á los hombres eminentes consagrados con perseverante afan al estudio de la elocuencia, porque ella mas que nada podia darles importancia y abrir la senda que buscaban á su reputacion y á su brillante porvenir. Así vemos á Hortensio en Roma disputar en la tribuna la palma á Ciceron, como Esquines la habia disputado en Grecia á Demóstenes. Vemos á César el primer capitan de su siglo, que sobresale no menos que en las armas en las

que todas ellas porque la espada que se esgrime con el escudo de la autoridad y en nombre de la ley alcanza á donde no llega el acero de los Sicarios hizo lo que aquellos respetan, y condena hasta la memoria de las victimas que en los trastornos políticos se salvar y reconviene á una posteridad vengadora. Esa posteridad nos aguarda para juzgarnos, é inútil seria engañar á obrar á la opinion que hoy es agria y nueve en torno nuestro, si la opinion de mañana de una generacion imparcial que ha de venir á apoderarse de nuestros actos escribe la palabra verdica al lado de nuestros nombres. Ahora decidid.

El siglo de oro de la literatura española en que se elevó el arte de la elocuencia se ha pasado ya. La elocuencia que se estudia hoy es un arte de pasatiempo, un arte de adorno, un arte que no puede llevarse á la altura á que la elevaron aquellos nuestros republicanos. Y sin embargo, nada es tan cierto como su utilidad, nada da al hombre tanta ventaja en todas las situaciones de la vida como ese privilegio dichoso de dominar á los otros. Hemos alcanzado una época en que la elocuencia se estudia generalmente por pasatiempo, tal vez porque se conoce harto bien que lo que antes era el premio de sus esfuerzos y de su poder incalculable, es hoy el fruto de las intrigas y de los amaños que vencen sin pelear y marchan para ello por caminos cubiertos sin revelarse á la luz del dia. Los antiguos con otras instituciones y con otras costumbres mas patrióticas y mas puras, lo fiaban todo al combate de la palabra, á la liza del talento, y su triunfo decidia la suerte de los pueblos. Por eso donde quiera que fijemos la vista encontraremos á los hombres eminentes consagrados con perseverante afan al estudio de la elocuencia, porque ella mas que nada podia darles importancia y abrir la senda que buscaban á su reputacion y á su brillante porvenir. Así vemos á Hortensio en Roma disputar en la tribuna la palma á Ciceron, como Esquines la habia disputado en Grecia á Demóstenes. Vemos á César el primer capitan de su siglo, que sobresale no menos que en las armas en las

luchas de la palabra, y notamos que en las disensiones de los ciudadanos y en las agitaciones de los partidos se busca la alianza de la facundia con tanto ardor como el apoyo de los ejércitos. Marco Antonio se esfuerza en ser elocuente para oponer sus arengas á las de Ciceron, y Octavio busca en una diction estudiada y artificiosa la posible compensacion á su poca habilidad guerrera.

Lo que entonces era un combate ha venido entre nosotros á ser un espectáculo. Se estudia la elocuencia como por adorno, y no puede llevarse á la altura á que la elevaron aquellos austeros republicanos. Y sin embargo; nada es tan cierto como su utilidad, nada dá al hombre tanta ventaja en todas las situaciones de la vida como ese privilegio dichoso de dominar á los otros con un arma que todos poseen, y de que tan pocos saben sacar el posible partido.

Para hacer accesible y aun fácil la elocuencia, hemos dado algunas reglas y añadido algunos ejercicios. Pocas han sido las primeras, porque creemos que la multitud de preceptos daña en vez de aprovechar, y que por lo tanto deben estos reducirse á pocos en número, y sencillos en su esposicion. Algunos pilares bastan para darnos á conocer la direccion de un camino, y si las señales se multiplican concluirán por confundirnos y extravíarnos como nos sucede en un bosque.

Esas pocas reglas deben estudiarse con reflexivo detenimiento, y ensayar mental y solitariamente su observancia hasta que vengan á convertirse en hábito. Entonces ya no se piensa en los preceptos, y el orador se entrega á todos sus arranques sin acordarse siquiera de las teorías que lo dirigen, como el pájaro emprende y sigue su vuelo sin reparar en las alas que lo elevan y sostienen. El entendimiento ha adquirido ya su lógica

práctica, la imaginacion sus giros propios y felices, y la diction toda, sus corrientes por un cauce formado de antemano de que no se separa nunca. Esto es ya el orador con la posesion dichosa del arte. ¿Ni para qué amontonar reglas con el fin de que dirijan al genio? A ellas solo toca evitar sus extravíos, y para esto bastan pocas observaciones con el gusto que dan la lectura y el ejercicio. La manía de dogmatizar ha esterilizado mas talentos que la falta completa de toda enseñanza. El genio no cabe en las reglas porque no pueden estas presentir todos sus arranques, ni calcular de antemano la variedad asombrosa de formas con que se anuncia y revela. Es el verdadero Proteo que incesantemente se trasforma; y en sus creaciones fantásticas y en sus vuelos inconmensurables, descubre todos los dias nuevas regiones á través de nuevos horizontes. Por esta razon sin duda, estendiendo algunos demasiado la idea, se han pronunciado contra todas las reglas, y han sostenido que era una pretension necia y ridícula querer dictar preceptos sobre el modo de emplear lo mas personal que tiene el hombre; la lengua que aprendió en la cuna, y la expresion de sus íntimos sentimientos.

En tres partes principales debe dividir su discurso mentalmente el orador antes de empezar á hablar; en exordio, procurando ser en él agradable é insinuante; en parte de prueba, cuidando de mostrarse en ella fuerte y vigoroso, y en parte de afectos, proponiéndose primero preparar al auditorio para el golpe decisivo, y despues dirigírselo con mano certera, exhalando en esta coyuntura toda la pasion de que se halla animado. Aquí son hijos del corazon conmovido los rasgos atrevidos y brillantes, é inútil fuera buscarlos en los frios preceptos que han hacinado los retóricos. Lo principal es sentir,

porque siempre será elocuente el que sienta, puesto que la inspiracion no es otra cosa que el reflejo del sentimiento. Procúrese sobre todo, que la fuerza esté en las ideas y no en las palabras, porque en las palabras sin las ideas hay solo humo en vez de fuego, y por eso el trozo verdaderamente elocuente es aquel que conserva su carácter aun cuando pase de una lengua á otra.

Respecto á la manera en que he desempeñado mi trabajo, piénsese en que proponiéndome escribir un libro que pudiera formar oradores, he atendido solo al efecto que debe procurarse producir en la tribuna, y he cuidado menos de la correccion que con frecuencia se opone á aquel resultado. Esto es lo que debe hacerse en el debate, y esto lo que he hecho yo en esta obra, porque debia servir á los que la leyeren de estudio y ejercicio preparatorio. La tribuna no es un libro que ofrece sus páginas al exámen lento de los que quieran consultarlo, y que solo debe dirigirse á la razon serena y reflexiva. Es por el contrario la voz poderosa y alguna vez desahogada en su vehemencia que escapa en el momento en que se pronuncia, y que cae sobre el auditorio para vencerlo y agitarlo. Y á esta conviccion perjudica muchas veces la pulidez y rigorismo de una correccion fina y esmerada. Si los discursos se sujetasen á exacta medida y compás; si su mérito estuviere en la observancia de los preceptos mas minuciosos; y siempre el orador hubiese de ir atenido á los hilos de las reglas y hasta á la colocacion gramatical de las voces, sujeto con tantas y con tan incómodas ligaduras no podria moverse con libertad, sus vuelos serian tímidos y por consiguiente rastreros, sus acentos débiles y su palabra lánguida y fria. La tribuna entonces seria una cátedra ó una academia, y no la nube de que parten los rayos que

lanza el orador en su pasion y en sus trasportes. Yo he escrito por esta razon no como se debe escribir, sino como se debe hablar.

La incorreccion es un defecto en lo que se escribe; pero á las veces dá lugar en lo que se habla á una belleza que desapareceria sin duda si la diction se limara y puliese. En tales circunstancias el orador debe preferir ser incorrecto, á sacrificar la fuerza ó una imágen atrevida y valiente, á una superficie tersa y bruñida que halaga solo á la vista sin penetrar jamas hasta el corazon. Si las críticas quieren tomar motivo de estas ligeras faltas para esgrimir su arma emponzoñada, déjese gritar en buen hora, porque nada basta á satisfacer á los ánimos descontentadizos, y porque en la elocuencia como en la pintura solo se debe aspirar á producir un efecto completo, aunque sea á espensas de alguna leve imperfeccion en que nadie repara, y en que nadie debe reparar. Los puntos á que se encaminan el escritor y el orador son diversos, y por ello no pueden marchar fija y servilmente por el mismo camino.

En cuanto á los discursos bosquejados en que se ha hecho aplicacion de las reglas dadas, piénsese tambien en que en lo que se escribe no puede presentarse nunca mas que la sombra de la elocuencia. Son solo esqueletos de discursos, porque les faltan las amplificaciones, les faltan los giros y los movimientos que nacen de la inspiracion, la cual está solo en la tribuna y en sus accidentes, y no en ninguna otra parte. Por eso hemos aconsejado al orador que no lleve á la lucha mas que la fórmula general y vaga de su discurso, porque si otra cosa hiciese se constituiria esclavo de su preparacion, y esta vendria á ser despues un obstáculo á su inspiracion y espontaneidad. Lo que sí debe hacer el orador al for-

mar en su mente ese croquis del discurso que va á pronunciar, es señalar en su memoria los lugares que piden convicción, los que exigen vehemencia, aquellos en que debe amplificar, los otros en que debe ser conciso, en los que debe proponerse ser dulce y suave, y en los que ha de aspirar á ser valiente ó magnífico. Con esto y con una detenida preparacion sobre la esencia y relaciones del debate, esté seguro de que al pisar su arena, al verse objeto de la espectacion general, al encontrarse con la mirada de su adversario cuya presencia será para él una escitacion de ardimiento, al notar que sus palabras se recogen con una atencion religiosa y con una marcada benevolencia, la inspiracion bajará sobre su cabeza exaltada, y sobre su corazon, el fuego que la evoca y alimenta. Desde este momento el que ocupa el lugar de las arengas deja de ser hombre, siente que sus piés no tocan la tierra, y que en alas de un entusiasmo que le enajena y estremece, se eleva á regiones desconocidas, para arrojar desde allí palabras, ideas, é imágenes que parece no se hayan construido en la simple inteligencia de un mortal.

Este instante forma el premio de tanto trabajo, y el patrimonio de brillante reputacion adquirido á costa de tantos afanes y desvelos. La palabra divinizada pasa como una corriente eléctrica á los oidos y á los corazones de los que la aguardan con inquieta impaciencia; y entre ruidosos aplausos se proclama la gloria del vencedor pacífico que siembra ideas en vez de cadáveres, halaga y conmueve á las almas al tiempo mismo que las lleva por encantados caminos á los paises donde moran la libertad y la dicha.

¡Mas ay! Que nunca quedamos satisfechos, porque entrever una vida mas espiritual, menos apegada á la

tierra, vida que parece escapar de la grosera cárcel que forma el cuerpo para subir á las dichosas esferas en que el genio habita, hace ceder al corazon á esos instintos vagos pero anhelantes, á esas aspiraciones indefinibles por las cuales busca vanamente un estado mas feliz y tal vez inmortal. Bien lo ha conocido un escritor contemporáneo cuando hablando de ese deseo inquieto y perseverante ha dicho: “Cuanto mas se espiritualiza el hombre en sus creaciones y en sus obras, menos contento queda de sí mismo; porque Dios ha puesto en nosotros idealidades misteriosas, tipos eternos que no nos es dado alcanzar, que Platon creia fuesen recuerdos vagos de una vida anterior, y que pueden ser tambien presentimientos de una vida futura.”

Sin embargo: ¡feliz el hombre que llega á recibir en el dominio de la tribuna tan dulce recompensa, y á recoger por fruto de sus tareas el placer de verse admirado y la grata convicción de ser útil á sus semejantes.

FIN DE LA ELOCUCION PARLAMENTARIA.